

*“¿Qué es el mal sino el bien torturado
por su propia hambre y sed?”
GIBRAN JALIL GIBRAN*

Hablar de moralidad y principios morales hoy parece un desatino. La puesta de manifiesto de la relatividad de las pautas y normas morales en el espacio y en el tiempo ha destruído la visión estática que proponía un conjunto de normas fijas basadas en la “naturaleza del hombre” como algo dado desde la eternidad. El derrumbamiento del orden moral tradicional nace no tanto de esta toma de conciencia como de la experiencia vivida de la inadaptabilidad e ineficacia para las exigencias de la vida moderna de las pautas, normas y valores antiguamente propuestos. Hay un reconocimiento vivencial de esa extraña afirmación que hace ver como íntimamente relacionados la organización económica y social y el desarrollo de ideas y valores morales. Discutir en términos de causalidad la relación entre sistema social y moralidad es proponer sofisticadamente el problema del huevo y la gallina: ¿quién fue primero? Lo que sí es cierto es que cada grupo social, cada sistema social, tiene su ethos propio, ethos que lo precede y acompaña, desarrollándose él a su vez conforme a las exigencias del proceso social.

El énfasis en la realidad de las estructuras sociales como condicionamiento de la actividad humana puede hacernos olvidar el hecho de que estas estructuras no tienen ningún ser, ninguna realidad, fuera de la actividad singular de los individuos: la sociedad se constituye y se mantiene por obra de seres humanos individuales activos. No se puede crear una realidad social nueva sin proponer un ethos que haga posible la realización de esa nueva realidad. Aunque ese nuevo ethos tenga que ser, a la fuerza, algo inacabado.

La moral individual está condicionada por la realidad social pero sin una instancia ética no se dará la transformación efectiva de nuestra sociedad. Estas notas aportan algunos elementos parciales e insuficientes para entender nuestra situación actual.

UN PROCESO AJENO

Las sociedades tradicionales, en especial la sociedad feudal, mantenían la subordinación de la economía a las necesidades humanas. Las necesidades humanas habían tomado forma y magnitud en un determinado orden social y cada estamento sabía a qué atenerse. La producción estaba ordenada al consumo y el consumo estaba reglamentado de acuerdo a la posición social de cada individuo. La existencia señorial estaba basada en el boato porque el boato era el fin de la existencia señorial. El noble desprecia el dinero y se dedica a la caza y los torneos. El dinero es para gastarlo: *usus pecuniae est in emissionem ipsius* (Sto. Tomás). La mayoría de la población, los productores de la riqueza, campesinos y artesanos, mantenían aun equilibrio entre gastos e ingresos: economía de subsistencia bastante precaria. La pasión por el dinero existe pero no se atesora para hacer que la riqueza produzca. Los usos, costumbres y normas se adecuaban a los estamentos.

Así nos encontramos con una ética social en el tomismo en la cual es central la idea del sustento según la posición social. El alma individual, sosegada en sí misma y en su propia posición, debe aspirar desde su intimidad a la perfección. La desigualdad social queda reconocida como una imperfección y se establece un criterio de igualdad que vige estrictamente: la

interioridad revelará en el más allá lo que la exterioridad niega aquí. La moral de esta sociedad presupone la aceptación incondicional de la desigualdad en el más acá como requisito para entrar en la igualdad del más allá: allá se expresará lo que cada uno verdaderamente es conforme a sus méritos. El infierno y el paraíso de Dante trastocan el orden terreno.

El paso de una economía tradicional a una economía capitalista requirió de hombres con una mentalidad y unos valores distintos. El gusto por las actividades económicas, la racionalización de la administración, el desprecio de la ostentación, el espíritu de ahorro en orden a la inversión, un sentido distinto del tiempo (“el tiempo es dinero” como decía Benjamín Franklin), la diligencia, la moderación.

Todas estas valoraciones llegaron a objetivarse en las sociedades capitalistas incipientes por el mismo proceso social que se estaba viviendo y al mismo tiempo ayudaron a que ese proceso se realizara. La honorabilidad y la decencia ya no eran coto privado del noble; ahora el empresario, el burgués, más asceta y sobrio ocupaba un lugar prominente. Antes eran medio de lucrarse la violencia depredadora, la magia, el ingenio, la simonía, la usura. Ahora, sobre la piratería y la conquista, se levantaba la libre empresa de los esforzados. Ya el Cardenal Cayetano, en el siglo XVI, en su comentario a Sto. Tomás calificaba de manifiestamente absurda la proposición de rigidez de los estamentos sociales: la posibilidad de mejorar de condición y enriquecerse nace de las cualidades (virtudes) que capacitan a cada cual para elevarse por encima de su condición. La ambición deberá tener como norma las capacidades y aptitudes del individuo. La tan mentada condena de la usura era en definitiva un estímulo al capital honesta y riesgadamente invertido.

Tanto el Catolicismo como la Reforma propiciaron sin pretenderlo, y obstaculizaron en parte, el surgimiento del capitalismo. Las virtudes estimuladas suponían un avance; como diríamos hoy: una educación para el sistema. La carga espiritualista podía dar lugar a la evasión sobre todo en los grupos que vivían en la miseria y para éstos también había virtudes: paciencia, humildad, resignación. El énfasis en la necesidad de transformar la naturaleza, prodigio operado mediante la revolución industrial, terminó por quitarle las bases de credibilidad a concepciones místico-religiosas de la vida. La moral tradicional, ligada a estas concepciones, tenía que resentirse.

El problema de la insuficiencia de los ethos de tipo religioso-moral se evidenció con el mismo desarrollo capitalista. Las virtudes iniciales del burgués sobran cuando ya la reproducción ampliada del capital y el adelanto de la técnica y organización industrial lejos de exigir mayor ascesis imponen el consumo cuantioso y la racionalidad fríamente calculadora (v.s. empresa) para mantener la maximización de la ganancia. El hombre del casimir gris dio paso al sportsman como empresario. En el orden público ya no hay prejuicios morales y los negocios son los negocios.

La diferencia fundamental entre el orden moral de una sociedad tradicional y el ethos fruto del capitalismo maduro estaría en la separación entre la moral individual y la moral pública, separación impuesta por la maximización de la ganancia.

La desaparición de una moral de los negocios nos ha llevado a concebir la bondad de una empresa por su eficiencia y rendimiento pero la rectitud privada y pública es totalmente indiferente para el prestigio y el funcionamiento de una compañía (el término "firma" ya no se usa). Aun más, la rectitud con frecuencia llega a ser un estorbo. La inoperancia de las ideas y los valores morales invade hoy incluso la esfera privada.

Pero resulta que ni la sociedad está formada sólo por dirigentes empresariales (el alto político se asimila a éste, ya que el Estado hoy es la principal empresa; su preocupación personal será la imagen para la campaña aunque la realidad sea muy distinta), ni este proceso es una ley que se ha dado en todas partes de igual modo ni con tanta simplicidad como ha sido descrito.

SOBRE NUESTRO PROCESO

A esta tierra de gracia, entre el Esequibo y la Guajira vino la España del siglo XVI con el humanismo renacentista, el Cristianismo y las armas. Los hidalgos, místicos, pícaros, cortesanos no eran figuras típicas del ethos estamental ni del mundo capitalista. Algunas ciudades españolas comenzaban a recorrer el frustrado camino hacia la economía capitalista: Sevilla, Toledo, Barcelona, Segovia. El espíritu capitalista que se va a imponer en otros países europeos es inicialmente afín a una forma de enfrentar la realidad que es patente en la sociedad española de entonces y que acampará en estas tierras americanas: el ethos de la subjetividad. Ethos que se refleja en las especulaciones sobre el libre albedrío. Son los méritos del individuo ante el soberano los que posibilitan su reubicación social. Por los servicios prestados el rey otorga. Conquistadores, fundadores, misioneros, aventureros modelarán una vida colonial en la que la riqueza, escasa, está dada como algo natural y no trámite la transformación de la naturaleza. Las relaciones de dominación sobre el indio, el negro y el mestizo tendrán su fundamento en el favor que otorga el soberano a los méritos del súbdito que es leal y esforzado en el domeñar las tierras y gentes, pero no en el esfuerzo productivo. Sólo a mediados del siglo XVIII podríamos hablar de la consolidación de una sociedad estamental próspera con los mantuanos a la cabeza. La Capitanía General durará poco porque la subjetividad de los nietos de los conquistadores encontrará cauce en las ideas revolucionarias liberales de Europa —los derechos del hombre— para impulsar el movimiento independentista. Pero los próceres que entendían la realización de la subjetividad como un proyecto histórico en el que hasta la naturaleza se incorporaba —"lucharemos contra ella hasta vencerla"— tuvieron que morir en la contienda. Se quedaron los caudillos y los mantuanos peleando todo el siglo por la realización de la subjetividad como proyecto exclusivo. Era todavía nuestro ancestro el pícaro. En el caudillo y sus seguidores estaba naciendo el vivo: a mí que no me den sino que me pongan donde haiga, al pendejo lo velan parao y camarón que se duerme se lo lleva la corriente. El rey ya no está para zanjar el reparto. La guerra reiterativa mantendrá entonces el predominio de la subjetividad carismática sobre la organización racional y eficiente. La naturaleza seguía ahí, intocada, arrasada, aunque comenzaban a llegar los extranjeros modernos.

Ese predominio de la individualidad que tiene su contrapartida en la necesidad del caudillo, la lealtad y el cohecho, ha podido revestirse de los rasgos de la modernidad post-industrial sin mayor contradicción por el petróleo. El petróleo no es un sino de maldición. Desde su aparición hubo quienes entendieron la necesidad de aprovechar la nueva situación para sembrar los fundamentos de una economía nacional autosostenida.

La modernización de las instituciones del Estado y la creación de entidades nuevas industriales, bancarias, sindicales, querían responder a este objetivo. Sin embargo toda esta modernización terminó siendo utilizada conforme al modo antiguo. La democracia nacida del 23 de Enero ha puesto en evidencia la insuficiencia de la transformación que se ha operado en el país. Todo tenía que cambiar para que todo quedase igual. Hoy todo el país clama contra la corrupción pero ésta sigue siendo tierra de peculadores y especuladores que ahora se dan la gran vida a lo sportsman empresario sin producir riqueza; plata, sí.



Nuestros partidos políticos funcionan como clientelas similares, en un escenario distinto, a las hordas de Boves y Páez. Hoy ya no es la tierra sino el contrato con comisión, el puesto público o la plancha de zinc lo que se pelea con el partido como bandera. No hay un sistema racional de premios y castigos socialmente compartido. Se premia al vivo, al espabilao. El trabajo, la eficiencia, interesarían pero no son necesarios. Gobernar es retribuir lealtades.

Ha habido un pequeño espacio, bien aprovechado, para un ethos del trabajo y la responsabilidad. Los grupos políticos y económicos que surgen en los tiempos iniciales del petróleo pudieron palpar la efectividad del trabajo, la organización, la racionalidad moderna. Pero ya ese momento pasó. Ahora todo es más fácil. Algo similar ha sucedido con los extranjeros que nos llegaron de países donde florecía el ethos del esfuerzo productivo: pudieron copar los puestos medios que aparecían en la nueva sociedad. Estaban mejor equipados para la lucha por la existencia pero una vez que se situaron terminaron adaptándose al medio.

LA ANOMIA ACTUAL

Hablamos de anomia en nuestra Venezuela actual. Las bases de credibilidad para un sistema de normas, pautas y valores compartidos no existen. No tenemos un proyecto social en el cual tomen sentido las regulaciones de la conducta individual y la postergación de las satisfacciones para las necesidades sentidas.

El rico de viejo cuño comienza a sentir que esa moral que le inculcaron los curas ya no sirve, pero al mismo tiempo intuye que esa moral le ha sido útil: "antes ustedes sí educaban bien". El nuevo rico tiende a asimilarse en su honorabilidad a los ricos de antes, aunque en el fondo tiene menos escrúpulos. Tal como están las cosas, el segundo tiene asegurado el éxito en el futuro inmediato. Sin embargo ambos coinciden en el deseo de propiciar una moral para las masas y en la necesidad de expandir el consumo de bienes a base de propaganda: el vicio es malo, pero la cantidad y la calidad del vicio se han convertido en uno de los mejores emblemas de status social.

Los desventurados grupos medios están desorientados: ¿cómo moverse entre el ascenso social que se basa en el esfuerzo y el ascenso social que se expresa en el hartazgo? Son estimulados por los grupos dominantes hacia un determinado estilo de vida pero al mismo tiempo se les exige la competencia para el lugar que ocupan. El estilo ejecutivo termina por imponerse aunque la necesidad de ejecutar algo no sea real. La oficina resulta una plataforma para la movida: hay que buscarle cauces a la subjetividad en una ciudad hecha de anonimato e impersonalidad.

La solidaridad mutua en orden a la subsistencia ha sido el eje central del ethos de nuestras tradicionales masas campesinas. Ese sentido de la solidaridad está minado porque las masas sub-urbanas y rurales se encuentran desarmadas ante los símbolos del éxito impuestos en esta sociedad. El cobro de peaje en los barrios es sintomático de esta quiebra. Un análisis como el del informe sobre marginalidad social en Venezuela presentado por el Consejo de Economía Nacional no muestra todas las causas reales de la situación y puede servir para legitimar la represión moral y física: "Es de notar que el comportamiento social de los marginados configura un sistema de vida estable y persistente en el cual los grupos humanos adoptan actitudes de auto-defensa para poder sobrevivir. Por ello tienen una preferencia por el presente, un sentido de resignación y un fatalismo frente a la adversa realidad de la existencia. Asumen, por otra parte, una actitud crítica respecto a los valores e instituciones de la sociedad de la cual no forman parte, como el

odio a la policía, desconfianza frente al gobierno y sin ningún apego a la vida religiosa, todo lo cual confiere a estos núcleos humanos un amplio potencial de oposición al orden social establecido, susceptible de ser utilizado por movimientos políticos" (p. 14). En realidad la gente quiere una policía eficaz, aunque defienda al débil en el caso concreto; se sigue fiando de los partidos y el Gobierno; encuentra formas de religiosidad al margen de la institución; acepta y reproduce en pequeño los símbolos del éxito social que le son impuestos; es hostil a las propuestas socialistas porque las entiende como negación de la propia subjetividad individual. La solidaridad está minada pero todavía funciona.

Afortunadamente nosotros no hemos sido una sociedad puritana de moral fuertemente represiva. Pasa que hoy nuestros vicios seculares modernizados se revisten de bondad e indiferencia: no se les para. Drogas, alcohol, desenfreno sexual, pornografía se convierten en el alma de un mundo sin alma. Comamos y bebamos, cada quien como pueda, que mañana moriremos. Algo huele a podrido más acá de Dinamarca: "Libérate".

PREGUNTA SOBRE LA ETICA

¿Puede la moral, hoy, en nuestra tierra, encontrar un espacio? Parecería que nos encontramos encerrados entre la inoperancia de las monsergas moralistas puestas y el desprecio de la izquierda a todo lo que suene a subjetividad y moral: "resabios pequeño-burgueses". Unos y otros terminamos en la misma trampa.

La hipocresía de nuestra sociedad está en el exigir la necesidad de una moral para el sistema cuando el sistema ya no tolera la moralidad. Atar cargas pesadas, de culpa, para que la cosa siga como va. Ya el sistema no tolera la moralidad porque hemos exacerbado la subjetividad individual como goce instantáneo a partir de una riqueza no producida. La carraplana, el despelote, el desastre.

La tarea de una ética válida para nosotros hoy estará en el darle cauce a la subjetividad del individuo como creador de historia en el proceso de producción de la riqueza del país socialmente compartida. Riqueza no son sólo los bienes materiales.

La participación democrática y la sobriedad tendrán que aparecer como virtudes y encontraremos el sentido de lo que celebramos. Solamente el hombre, el individuo y la sociedad, puede descubrir formas nuevas de vivir la vida.

Dicho de otro modo: la ética no sólo tiene sentido en nuestra Venezuela actual entendida y vivida como proposición política sino que es ya ella una proposición política. La proposición política (cómo debe ser el país) será viable en la medida en que también sea una proposición ética (cómo debemos ser nosotros personalmente).

Todo el mundo clama hoy por la necesidad de combatir la corrupción, de ser honesto, porque el sistema criollo ya no da más de sí; falta quienes le pongan el cascabel al gato. Quienes están contentos con lo que son actualmente difícilmente querrán un país distinto: esto es Jauja. El rechazo libre y consciente de la participación real o ilusoria en esta francachela puede comenzar a romper el círculo vicioso impuesto por los condicionamientos estructurales. Lo que somos es fruto de la historia —no pura naturaleza— y la historia será también el fruto de nuestras decisiones. La ética personal es insuficiente para que el país cambie, pero es absolutamente necesaria. De buenas intenciones está lleno el infierno, lo que no quiere decir que el cielo esté lleno de malas. Es harina del mismo costal cómo superar la estéril pureza de secta.